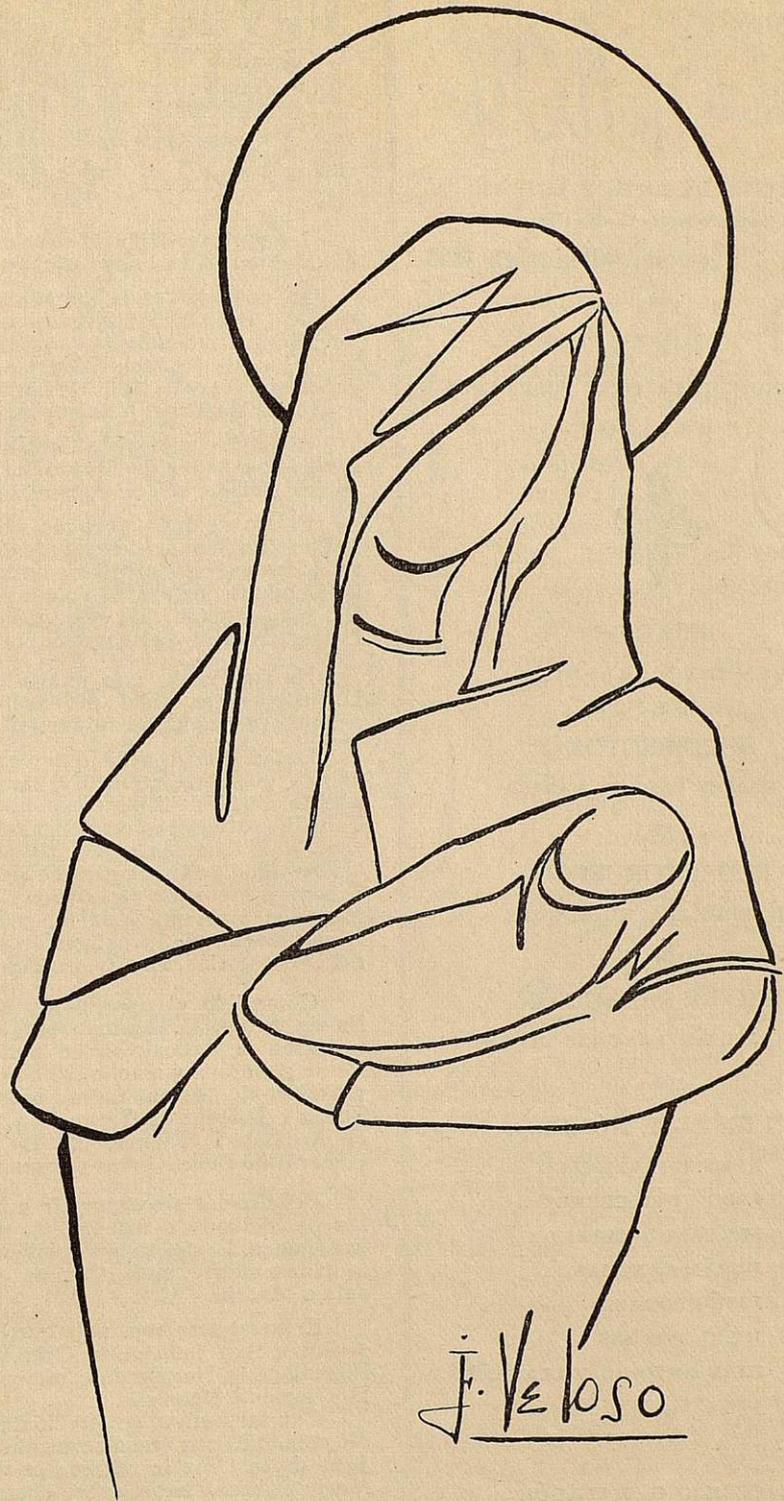


N.º 66

NOVIEMBRE-DICIEMBRE-1958



ayer y hoy

ayer y hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - T O - 20 - 1958

Núm. 66 Noviembre-Diciembre 1958

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

FERNANDO ESPEJO GARCÍA

REDACTOR-JEFE

JOSÉ PEDRAZA RODRÍGUEZ

SECRETARIO DE REDACCIÓN

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

ALFONSO ARÉVALO

«LEÓN DEL CERRO»

FERNANDO ESPEJO

JULIÁN LANCHAS

JOSÉ PEDRAZA

JULIO PORRES

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

DIBUJAN:

CECILIO G. MALAGÓN

ANTONIO MORAGÓN

ROMERO CARRIÓN

LUIS RIAÑO

ENRIQUE VELOSO

POESÍAS ORIGINALES DE

EDUARDA MORO

JOSÉ MARÍA GÁLVEZ

MARIO ANGEL MARRODÁN

CLEMENTE PALENCIA

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

ALFONSO VILLAGÓMEZ

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO



Se ha celebrado en la Sala Sánchez una exposición de Tarjetas de Navidad a la que han concurrido los señores Aguado, Camarero, Guerrero-Malagón, Moragón, Pintaño, Romero y Pedro y Eusebio Sánchez.

Ha sido condecorado con la medalla «Premio a la Constancia» nuestro compañero en las tareas literarias Sandalio de Castro.

La revista «INDICE» hace mención en sus páginas de Arte al reciente éxito obtenido en la exposición «de la Mancha», por Manuel Romero Carrión.

Hemos leído en el magnífico número extraordinario, dedicado a Carlos V, de «MUNDO HISPANICO», un interesantísimo y documentado trabajo de nuestro querido amigo y asociado Antonio Delgado que titula «Juanelo Turriano y los relojes del Emperador», en el cual, y al mismo tiempo, cita unos deliciosos versos de Fernando Allué y Morer, tan vinculado a Toledo y a «AYER Y HOY». A ambos nuestro recuerdo agradecido.

Al señor Jiménez de Gregorio le ha sido editada, por el Instituto de Segunda Enseñanza de Toledo, su conferencia de apertura de curso, y de la que ya nos hicimos eco en nuestra revista.

En un cuidado libro de «Ediciones Guadarrama», que titula «Antología Poética en Honor de Garcilaso de la Vega», y entre los «seleccionados» de todas las épocas, estilos y latitudes, figuran dos contemporáneos nuestros e íntimamente unidos a Toledo: Allué y Morer (D. Fernando) y Villacañas (D. Juan Antonio). La selección y razón previa está realizada por D. Antonio Gallego Morell y el estudio preliminar por el doctor D. Gregorio Marañón.

Ha aparecido una nueva edición de la «Guía de Toledo», escrita por D. Pedro Riera Vidal, de excelente presentación y contenido, con portada de Antonio Moragón, y estupendas fotografías a todo color.

Del magnífico trabajo que sobre «La fiebre tifoidea en Toledo» (El brote hídrico de 1956), publicó el doctor D. Manuel Martínez González y del que «AYER Y HOY» transcribió uno de los más interesantes capítulos dedicados a Toledo, se siguen interesando diversos y distantes centros científicos del mundo. Últimamente se han recibido comunicaciones de: Hygiene-Institut, Universidad de Göttingen, Dr. H. Brandis. Department of Microbiology Stritch School of Medicine of Loyola University, Chicago. Revista Internacional de Medicina, Excerpta Medica, Amsterdam. Hospital Municipal de Infecciosos, Departamento de Investigación, Barcelona. Ministry of Health, Epidemiological Laboratories, Dr. Eylan. Tel-Aviv, Israel.

Concedido el oportuno permiso por el Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes, D. Antonio Gallego Burín, para que los asociados a «Estilo» visitasen la Exposición de Santa Cruz, «Carlos V y su ambiente», de una forma generosa y amplia, se han realizado durante el 20, 21 y 22 de Diciembre visitas conjuntas que fueron asesoradas por los ilustres profesores Palencia, Téllez y Jiménez de Gregorio. Con tal motivo, una vez más, esta Asociación de Artistas Toledanos «Estilo» da las más sinceras gracias a la Dirección General de Bellas Artes por las facilidades otorgadas.

Felicitemos sinceramente a D. Antonio Moragón por su reciente éxito en las oposiciones a cátedra, de dibujo, de Institutos Nacionales de Segunda Enseñanza. Le deseamos asimismo suerte, que tendrá por aquello de al saber lo llaman suerte, en la próxima exposición de pintura que prepara para una sala a Madrid.

El anual acto homenaje que la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo» dedica a San Juan de la Cruz, tuvo lugar este año en el Salón alto de la Posada de la Hermandad, recientemente restaurada, y de la que es director D. Clemente Palencia.

Con tal motivo, se ofreció una visita del recinto a los asistentes. El acto dió comienzo con una disertación de D. Clemente Palencia sobre el tema «San Juan de la Cruz in carcere et vinculis». A continuación, el profesor D. José María Cabezalí habló sobre «Palabras de rebeldía leal a San Juan de la Cruz», y el Rvdo. P. Paulino del Sagrado Corazón C. D. comentó diversos pasajes de las obras del santo.

La parte poética del acto estuvo a cargo de Sandalio de Castro, Ramón Guzmán Losilla, Julián Lanchas, María Jesús Montemayor, Gonzalo Payo Subiza y Eulalia San Agustín, que dieron lectura de poemas originales.

D. Fernando Allué y Morer acaba de publicar un nuevo libro que titula «SAGRARIO DE TOLEDO», del que más adelante nos ocuparemos, por tratarse de un éxito de nuestro asociado y por estar dedicado a Toledo.

D. José María Gálvez ha tenido un afortunado triunfo como director del grupo Coral Perpetuo Socorro, integrado por funcionarios de la Delegación de Hacienda.

A nuestro asociado, D. Emilio Abel de la Cruz, la más cordial enhorabuena por su reciente nombramiento como Delegado de Auxilio Social.

NOTA:

En la publicación «AYER Y HOY» tienen cabida cualesquiera apreciaciones que sobre los fenómenos de la cultura, en la más amplia acepción del concepto, estimen convenientemente los señores colaboradores, siempre que reúnan las mínimas, que deseamos sean máximas, condiciones de convivencia.

La Dirección no puede responsabilizarse, naturalmente, de las contrapuestas opiniones, ni acepta como propia cualesquiera de las ideas ajenas, ni siquiera las formas de hacer o maneras de escribir de ciertas tendencias literarias.

NOCHEBUENA BAJO EL PUENTE

(CUENTO)

POR «LEÓN DEL CERRO»

Sin quebrantar el silencio se levantó en busca de matas secas con que alimentar la hoguera que les mitigaba, en ínfima parte, el frío de la noche. Densa niebla que se metía por la boca, en los huesos, en el alma, cubría el río, el puente, el campo, la ciudad, todo; del castillo sólo dejaba ver una pequeña luz; ésta parecía que temblaba. El río, tranquilo, daba la sensación de haberse quedado dormido. «Ya debías traer más agua, bribón», rezongó y se quedó mirando como si esperase contestación. Carraspeó, y en la misma orilla comenzó a recoger y hacinar grama, rabanillos, cardos; a tientas subió un pequeño montículo y arrancó hermosas cepas de tomillo para asegurarse buen rescoldo. Cogió todo en enorme, ciclópea brazada, y de nuevo fuese al refugio del puente. «El puente, la puente, qué tonterías dicen los que tienen el estómago repleto», monologaba mientras atizaba la lumbre.

—No se oye nadie, ¿verdad? —le preguntó su compañero, Ramón, más conocido por «el Feo».

—Por ahí, por la estación, suben unos con un pandero.

—Es que todavía es temprano.

—Sí; es temprano.

Vicente avivó el fuego y se sentó enfrente de Ramón, más conocido por «el Feo», y, como marionetas movidas por la misma mano, encendieron sendos cigarrillos y empezaron a tirar piedras a ningún sitio determinado.

—Ahora te quedas tú aquí y yo iré a buscar algo.

Como no recibiera contestación, agregó:

—Se ponen así las cosas... ¿Qué piensas?

—Nada.

—Eso no puede ser. Cuando se está vivo siempre se piensa.

—Bueno.

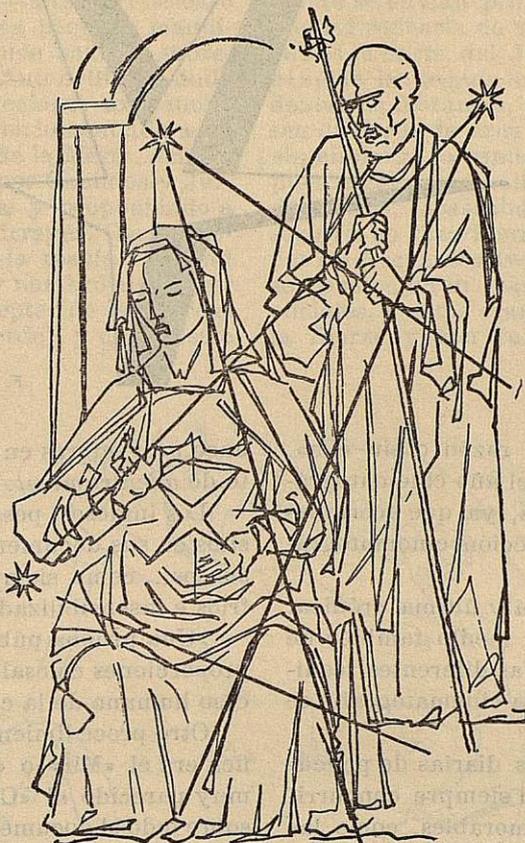
Por el puente pasaban, con alegre algarabía, los del pandero, borrachos unos, medio borrachos los más. Cantaban:

Esta noche no hay coche
porque el cochero...

De la parte baja de la ciudad, donde viven obreros, artesanos, ordenanzas, hortelanos, empezaron a llegar las voces, los gritos, las risotadas, las canciones religiosas y picarescas, de infinidad de pandillas que se disponían a rondar con alarde de almireces y zambombas. Familias enteras, somnolientas y alegres, salían de sus casas atendiendo a la llamada de las campanas de todas las iglesias. De las casas del otro lado del río se echaron a la calle —hombres y mujeres, viejos y niños— con:

Baila y no cenas
baila y no cenas...

—Van a misa del gallo.



—¡Calla, Ramón! ¡Por amor de de Dios, calla! Que si la gente, que si se siente ruido, que si misa del gallo... Nosotros también podíamos estar ahora, después de buena o mala cena, oyendo misa. ¡Y estamos, entiéndelo bien, debajo de un puente con la tripa vacía, muertos de frío y aburrimiento y con los ojos llenos de lágrimas de este maldito humo! Y yo tengo hambre, Ramón. ¿Lo entiendes? Tengo hambre.

—Es la suerte, Vicente. El Destino.

—La suerte, el destino. ¡Paparuchas! Recuerda que nos han echado de allí por nuestra culpa. Mejor dicho: por la tuya. Hoy hace exactamente un año me dijiste: «La última nochebuena que pasamos aquí». Y luego, un santo año, diciéndome: «pórtate bien que para Navidad hemos salido; pórtate bien que para Navidad somos libres».

—Y lo somos.

—Sí, sí, muy libres. Pero mientras todo el mundo se ha inflado de pollo, de besugo, de bollos y turrón; se han amonado de anís y coñac, de sidra y champán, nosotros, los libres, ¿qué hemos tomado? Ah, sí, un plato exquisito: niebla al humo. Anda, si te parece, en agradecimiento, gritamos: ¡Viva la libertad!

—¿Sabes lo que dijo César cuando pasó el Rubicón?

—Alguna idiotez como las tuyas.

—No lo sabes.

—¡Ni me importa!

Se hizo un nuevo y largo silencio. Al cabo de algún tiempo les descubrieron unos gamberros y les llamaron gandules y piojosos. Al marcharse les arrojaron una botella vacía. No se inmutaron. Tan sólo Ramón dijo como para sí, con voz calmada: «Vaya teas». Vicente cogió su petate y con energía se puso en pie.

—Me voy.

—¿A dónde?

—A hacer algo. A pegarme con cualquiera, a robar, a lo que sea. Pero yo me voy. Mañana quiero comer, y allí tengo la mesa puesta.

—Allá tú —le contestó Ramón, encogiéndose de hombros—. Ya sabes que yo no vuelvo.

—Pues que tengas suerte.

—Adiós, ¡cobarde!

Y Ramón, más conocido por «el Feo», soltó una sonora y prolongada carcajada.

De la parte baja de la ciudad, donde viven obreros, artesanos, ordenanzas, hortelanos, continuaban llegando las voces, los gritos, las risotadas, las canciones religiosas y picarescas, de infinidad de pandillas que se disponían a rondar con alarde de almireces y zambombas.

Del castillo sólo se dejaba ver una pepueña luz.

La Exposición Internacional y Universal de Bruselas ha sido clausurada. Creemos sinceramente que fué un éxito total, en el cual a los españoles nos correspondió la parte proporcional.

Por de pronto, el conjunto arquitectónico de nuestra representación se llevó una de las medallas de oro.

Ha sido, pues, para España un buen año su concurrencia a los certámenes internacionales, ya que en la Bienal de Pintura de Venecia, el triunfo fué total por culpa de lo abstracto, aunque aquí cabe refugiarse en el lema británico, en la muy noble actitud inglesa ante los asuntos externos, de «Inglaterra con razón o sin ella». También fué bueno, solamente bueno, el año cinematográfico español, y muy bueno en Bruselas, ya que acertadamente se proyectó lo mejor de la producción cinematográfica española de varios años.

Quisiera hacer amena esta segunda y última crónica. Amena y breve; cosa que intentaré por medio también de los espectáculos o, por mejor decir, de las diferentes técnicas, y algunas curiosidades que sobre la cinematografía se han presentado en Bélgica.

En el pabellón español hubo sesiones diarias de películas largas y documentales que se vieron siempre concurridísimas de público. Hubo jornadas memorables, como las ya citadas «jornadas Bardem», a base de «Calle Mayor» y «Muerte de un ciclista», o bien en aquellas otras en que preponderaba lo «folklórico», siempre digno y puro, ya fuese danza o fiesta taurina. Gustaron mucho «Tarde de toros» y «Los clarines del miedo».

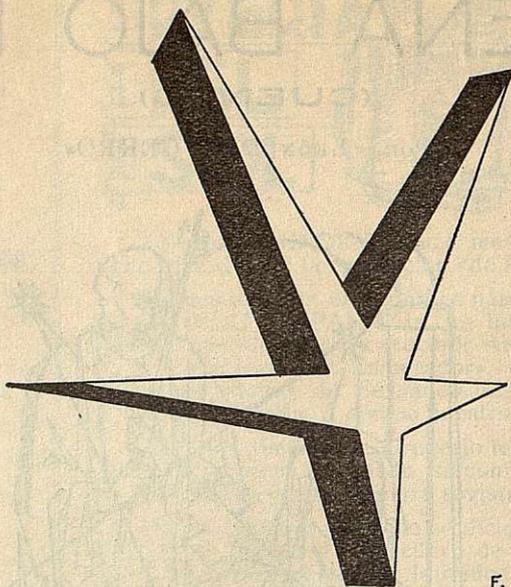
El solo documental «Goya, una vida apasionada», se proyectó durante todo el tiempo que estuvo abierta la «Expo».

Un juicio favorable sobre este tema le tenemos en la revista «Venezuela Gráfica», núm. 359, firmado por A. B. Courvoisier, que nos parece de lo más ecuaníme por venir precisamente de parientes.

Dice así: «En su pabellón hexagonal, recubierto de quitasoles metálicos, los españoles han instalado una sala de espectáculos de una concepción bastante original. Después de una representación teatral, de ballets, el escenario desaparece en unos segundos, las luces se apagan, una pantalla surge descendiendo del techo y se fija sobre el muro, y del suelo se eleva un periscopio. Debajo de este periscopio, en el subsuelo, hay una cámara de proyección: La imagen del film sube a lo largo del aparato y es proyectada en la pantalla».

Sobre el escenario desfilaron todas las regiones españolas en la representación de sus «Coros y Danzas». A más intervinieron José y Amparo Iturbi, Enrique Jordá, dirigiendo a la Orquesta Nacional, Victoria de los Angeles y Antonio, en «El Sombrero de Tres Picos, Gaspar Cassadó, Gonzalo Soriano, etc., etc.

Otro éxito español, éxito de siempre, ha sido la fruta. Hubo día que se vendieron diez toneladas de uvas, agradablemente presentadas en bolsas de celofán, así como los melones, que iban en redecillas de cáñamo. Y creo que nada más a España, aunque España merece todo. Sólo que como curiosidad diré que la vigilancia de nuestro pabe-



llón estaba a cargo de la Guardia Civil, en uniforme de media gala, y que no todo era *típique Espagne*. También había motores «Pegaso», inmensos y potentes.

* * *

Los americanos proyectaban en «Tood A. T.» y en «Cinemiracle» sobre pantallas gigantescas. Checoslovaquia presentaba un espectáculo delicioso, mezcla de cine y variedades, titulado «Lanterne Magique». Otro procedimiento yanqui era el «Circarama» de Walt Disney, quizá el más llamativo, con sus

once proyectores en círculo creando visualmente un efecto de *adentramiento* en la acción.

Los ingleses, pesados y corrientes; los japoneses, exquisitos en sus documentales sobre las tierras de sus islas; los suecos... como siempre, es decir, nórdicos, atrevidos por fríos e insensibilizados por atrevidos.

¿Una prueba pública? Los once grupos escultóricos, de proporciones colosales, de Gustav Vigelands, sobre el proceso humano de la creación.

Otro procedimiento curioso de proyección cinematográfica era el «Mir» o «Kinopanorama», bastante perfecto y muy parecido al «Cinerama». Sin embargo, las películas, sobre todo el documental «Vasto es mi país», inaguantables, a excepción de las que reflejan las actuaciones de los ballets del Bolshoi.

En el pabellón de la Unión Soviética había cosas mucho más curiosas que las cinematográficas de su «Mir»; y paradójicamente las más extremadamente burguesas de la Exposición. Por ejemplo, visones, astrakanes, martas cibelinas, zorros plateados. En la sección comestible, champagne de Crimea, salmón ahumado y caviar. (Sandwich de caviar: 100 francos). Presidiéndolo todo, el célebre cuadro de J. Brodsky, el «Sputnik» y la pila solar.

Muchos mitos e ídolos con los pies de barro han sido desmascarados o derribados en esta magna Exposición de Bruselas, gran virtud de estos certámenes, si no tuviesen otras, y gran aliento para los *pequeños*, que comprobamos que no lo somos tanto. Aquí hemos podido ver los españoles que hablar mal de lo nuestro es un vicio, una perversión, no una justicia.

La verdad siempre queda y de Bruselas quedará mucho. En primer lugar, su símbolo de un Atomium gravitando sobre la humanidad atemorizada, signo exacto de nuestro tiempo, como quedaron las luces —acuáticas y espectaculares— de Montjuich, señal inequívoca de otra época más clara, luminosa y alegre; como quedó la parisina torre de Eiffel, iniciación a unos ilusionados años por la técnica...

Hoy ni Le Corbussier con su «Sinfonía Electrónica» nos hace abrir la boca sorprendidos. Lo más, sonreímos indulgentes.

Anuncio peligroso de que entre tantas cosas, una de ellas es que estamos un tanto *saturados* y un poco desilusionados, al ver que poco hay nuevo y ni falta hace que lo haya.

ALFONSO ARÉVALO

UN PROYECTO OLVIDADO

II

Por JULIO PORRES (1)

ORGANISMO ADMINISTRATIVO.—Pese al escaso tiempo de funcionamiento, se montó una pequeña maquinaria técnico-burocrática que, como suele ocurrir, sobrevivió a la navegación efectiva. Preveía Antonelli, sin duda para evadirse de la maraña de jurisdicciones existentes, crear otra nueva para la navegación, encomendada a un «Magistrado de la Navegación» como el de la Mesta, a modo de Director supremo de ella, auxiliado por Cabildos y Justicias en las ciudades donde la hubiese y proponiendo a Felipe se proveyera aquel cargo con Virreyes, Corregidores o Gobernadores, quizá por captar la reacia voluntad del clan o familia del designado. El Rey nombró al parecer solo un Veedor de la Navegación y Receptor de las Barcas (el Jurado de Toledo Diego de Castroverde), y un Maestro Mayor (Antonelli hasta su muerte, luego Andrés García de Udiás hasta 1603 y, al inutilizarse éste por edad, su hijo del mismo nombre, nombrado ya por Felipe III, titulado también Aparejador de las Obras; quien seguía en el cargo en 1610, compartiéndole a veces con Cristóbal de Roda). Asimismo parece existió un cargo de Juez, que actuaba como tal en 1595 y tal vez continuaba en 1602; y un Depositario General en Toledo, creado durante las obras y que desempeñó Antonio Ximénez, cargo que persistía en 1603. Durante la ejecución del proyecto fué Juez-Ordenador de Pagos el Corregidor de Alcántara (Doctor Guillén, quien sustituyó al Licenciado Guajardo) y era auxiliado por un Escribano fijo (Juan de Madrid) y otros accidentales.

DESARROLLO DE LA NAVIGACION.—Trozó ésta desde sus comienzos con bastantes dificultades, especialmente en el trayecto Alcántara-Toledo. En primer lugar, faltaban marineros prácticos en Castilla, utilizándose portugueses, entrenados ya en el sector que se navegaba antes del proyecto, o sea de Lisboa a Abrantes (es curioso en cambio notar que para las obras de la parte portuguesa hubieran de llevarse cuadrillas castellanas, por rendir tres veces más que los naturales de aquellas riberas, según dice una carta al Rey de Antonelli). Para facilitar los viajes se reunían en grupos las barcas, lo más numerosos posible, con el fin de obviar la escasez de prácticos en salvar las presas, ayudarse mutuamente y suplir la despoblación de las riberas, que hacía imposible acudir en busca de ayuda o mantenimientos, por no construirse los almacenes y posadas previstos por Antonelli. No se navegó en gran escala ni con carácter regular, aunque sí en repetidas ocasiones. Se transportaba a Toledo desde Lisboa cobre, sábalos (sardina arenque) y especias, que llegaban en buen estado; y en sentido contrario trigo, a Abrantes especialmente y a Lisboa; forzados a galeras (hasta 110 en 6 barcas en una ocasión, con 50 fanegas de trigo) y soldados, siendo organizada personalmente una nutrida expedición por Antonelli, de estos últimos, en 1582, que embarcaron en Herrera, utilizando 35 barcas en varios viajes y que transportaron 20 compañías, mandadas por el Maestro de Campo D. Francisco de Bobadilla y el Condestable de Navarra, con sus oficiales y sargentos, cuyo número total ascendió a unos 2.000 hombres. Se invertía en navegar río abajo 10 días desde Toledo, mas otros 7 en repuestos, transbordos y paradas diversas. Se hicieron también portes a particulares, al precio de una blanca por arroba y legua.

Los viajes oficiales fueron desde luego los más numerosos y, en el trayecto completo, los únicos al parecer. Se procuraba sin embargo acreditar la navegación (constante-

mente se envían propuestas al Rey con este propósito) e incluso rodearla de artificios propagandísticos; ejemplo de ello es la carta del Jurado Castroverde a Felipe, comunicándole la llegada en 1588 a Toledo de 6 barcos procedentes de Abrantes, disponiendo se engalanaran, efectúesen disparos de arcabuz y sonaran músicas. No se logró sin embargo la confianza y utilización popular apetecida, pues las obras se hallaban incompletas; no se corregían los deterioros, escaseaban marineros y no existían puestos de socorro en las riberas, siempre necesarios pero más aún por las frecuentes averías por impericia o desidia. Tampoco se construyeron más barcas que las destinadas a viajes oficiales, y éstas eran de mala calidad como construídas a la fuerza y con cargo a las ciudades, que procurarían

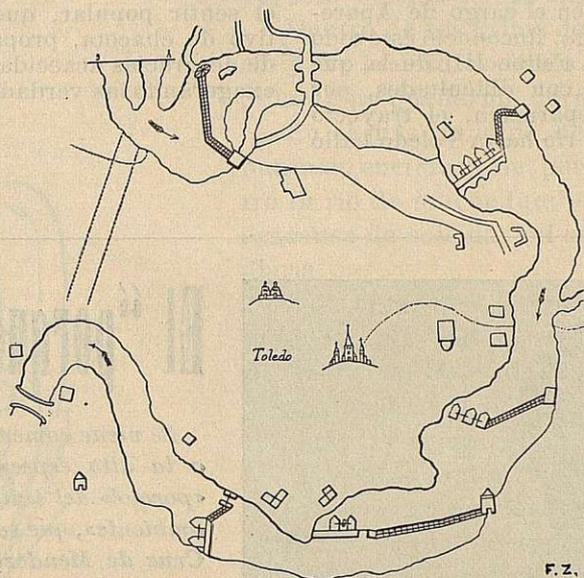
escatimar en su costo, desapareciendo también varias. Los mismos convoyes oficiales eran muy desorganizados, no sólo por faltar el técnico principal, sino por irregularidades como las denunciadas por el Doctor Guillén al Rey, que parecen verdaderos desfalcos en los caudales reales, destinados a la conducción de galeotes. No poco debió influir esta misiva en el ánimo de Felipe, en el crucial año de 1588 en que todo su interés se centraba en su principal proyecto que, al fracasar, arrastró en su caída, entre otras muchas cosas, la navegación fluvial desde Toledo.

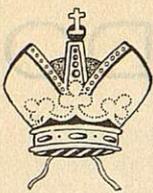
En efecto, el golpe postrero no se hizo esperar. Como vemos la nueva vía era insignificante y onerosa, a más de desorganizada, sin poderla incrementar por la escasez de caudales, ya grave anteriormente, pero que se convirtió en catastrófica en aquella época. La formación de

la «Armada Invencible» (vencida por sí misma) obró como ventosa de los pocos que quedaban; entre ellos, los escasos consignados en la Caja de la navegación del Tajo. Por Real Cédula de 19 de mayo de 1588 impuso Felipe a la misma un juro perpetuo, y al quitar, sobre las Alcabalas de Toledo, de 450.000 maravedís, que supuso extraer de aquélla 6.300.000 maravedises e imposibilitar el término de las obras y el mantenimiento de la navegación (si tenemos en cuenta que del «servicio» de 100.000 ducados sólo se situaron en la Caja de Toledo 40.000, satisfaciéndose en las obras del tramo 3.º 36.419, aunque se concentraran en ella los sobrantes de los otros dos sectores y las subvenciones para transportar forzados, no parece posible que poseyera en aquellos días mucho numerario). Pues bien: al cambio de 1 ducado por 385 maravedís supuso el empréstito forzoso muy cerca de 17.000 ducados. Debíó quedar no sólo exhausta sino empeñada, con solo una renta anual de 1.500 ducados que se invertirían en sueldos y paralizados los embarques de Toledo. Aún se efectuaron algunos, sin embargo, desde Alcántara, y se enviaron por el Monarca en 1593 otros 6.000 ducados para continuar la navegación mediante obras que había de realizar Andrés García.

Las dificultades fueron añadiéndose una a otra. Los barqueros cobraban por día, y no «a quiñón por viaje», pese a la propuesta del Doctor Guillén (cuyo sueldo, por cierto, era de 2 ducados diarios). Y saliendo con fondos insuficientes, al agotarse éstos se detenían los barcos y se enviaba gente por tierra a Toledo a por más, en ocasiones hasta 3 veces en un solo viaje, desorganización inconcebible y repetida. Una crecida extraordinaria del río desbarató varias de las obras, según nos dice el Conde de Cedillo; y los molineros colocaban obstáculos en las presas, e incluso las cerraban con obras de fábrica. En 1594 se nombró

(1) (Continuación)





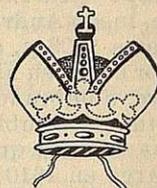
un comisionado por Felipe II, comprobando en Alcántara que hacía 4 meses que no había partido barco alguno para Lisboa ni Abrantes, ni se esperaban tampoco de aquellos puntos, por no arribar las naos de la India y porque las mercancías pasaban mejor la frontera por tierra al ser más fácil evadirse del pago de derechos, proponiendo reducciones en éstos a los que navegasen desde Portugal. Asimismo informó que era imposible que hubiera navegación de Toledo a Alcántara, por no estar las carreras del río dispuestas para ello ni haber parte segura en todo el trayecto.

En 1600 había cesado hacía mucho tiempo, nos dice una Real Cédula de Felipe III investigando el destino de los 1.500 ducados del juro antes citado y de otros 93.750 maravedís puestos a disposición de Andrés García sobre la Casa de la Moneda de Toledo, destinados a la obra. Debieron ser satisfactorios los resultados de esta indagación pues en 1602 aún se cobraba y seguía en su puesto Castoverde como contador, si bien éste informa que, en cuanto a la navegación, «no corre su tiempo ni por acá se trata de cosa de ella». Sin embargo, no se daba por abandonada oficialmente, pues en el siguiente año se substituyó por Real Cédula a Andrés García por su hijo en el cargo de Aparejador de las obras del Tajo y Pisuerga. Reconoció éste todo el río y envió en 1610 una relación a Felipe III, de la que resultaba se utilizaba aún, si bien con dificultades, por los malos pasos que precisaban reparación, el trayecto Alcántara-Abrantes; en el resto del río hasta Toledo halló

dieciocho carreras obstruidas, solo desde nuestra Ciudad a Ventosila, bien por deterioro natural o por empalizadas y muros colocados por los molineros, que habían vuelto rápidamente el estado de cosas a la situación anterior a la orden real. Solicitaba un completo reconocimiento y reparación de los daños, sin que al parecer fuera atendido; más bien totalmente olvidado, pues en 1623 «inventa» D. Luis Brabo de Acuña la idea de hacer navegables los ríos de España, informada desfavorablemente por el Consejo de Estado por la penuria económica y aceptada sin embargo por Felipe IV, quien estimando, tal vez por consejo del Conde-Duque, que no importaba un duro repartimiento siendo obra tan útil, ordenó se solicitasen ingenieros a Flandes y a Milán, gobernado por el Duque de Feria; siendo enviados cuatro técnicos por su tía la Infanta Isabel, sin que sepamos qué fué de ellos ni qué llegaron a hacer.

REACCION ANTE EL PROYECTO.—Mucho se ha discutido sobre la opinión que la navegación mereció a sus contemporáneos, especialmente a los toledanos. Basándose en la «Relación» del guipuzcoano Esteban de Garibay, aposentado en Toledo por aquel entonces, se ha venido admitiendo tradicionalmente que los toledanos eran enemigos del mismo, tanto en la oposición manifestada en Cortes como en el sentir popular, que lo utilizó como motivo de chacota, propalando falsas noticias de desgracias acaecidas a los navegantes o exagerando las verdaderas.

(Continuará).



El "porqué" de muchas cosas

Se viene comentando por algunas mentes dadas a la alta especulación filosófica y centralista el «porqué» del éxito de la Exposición «Carlos V y su ambiente», que se celebra en el Hospital de la Santa Cruz de Mendoza, de Toledo, y el «porqué» no se ha montado en Madrid. Alegan para ello diversas razones y todas ellas muy respetables.

Aparte de que el «porqué» ya está suficientemente contestado por las más altas personalidades en la materia, y de que indudablemente ha sido un éxito de los organismos oficiales que en Toledo la concibieron y la han realizado, nosotros alegaríamos una más y solo una, aparte —repetimos— de «porqué» el Hospital de la Santa Cruz, de Toledo, no se podía llevar a Madrid y si las obras de arte aquí expuestas traer a Toledo, como bien a dicho alguien; y es que lo que se buscaba, y así se titula la Exposición, era AMBIENTE, y esto sólo podía darlo una Ciudad Imperial. Toledo estaba cansado de ser Corte y Ciudad de un Imperio cuando a Madrid, años más tarde, se le hizo Villa y Capital de España.

A otro «porqué» casi tampoco contestaríamos nosotros, y por ello transcribimos la respuesta que da el propio interesado, un poco «aburrido» de la absurda pregunta: ¿y «porqué» en Toledo?

Como desde el Greco hasta D. Gregorio Marañón pasando por casi todo el «¿quién es quién?» —si esto fuese posible—, Victorio Macho ha contestado a un redactor de «Blanco y Negro»:

—Yo estoy enamorado de Toledo. Yo quiero a Toledo como quiero a mi raíz. He viajado, herrado por el mundo. Quería estar al lado de mí mismo, al lado del árbol español que yo soy, que quiero morir siendo. ¿Y qué lugar mejor que éste? ¿Qué ciudad más medular, más española? Toledo es como el viejo corazón de España; uno coloca la cabeza sobre la tierra y lo siente latir. Por eso estoy aquí, en Toledo. ¿Cómo iba yo a estar lejos de mi corazón?

F

RIO AMOR

XXV

Tú no mereces el horrible castigo de reír detrás de los nublados de mi cuerpo. Hay que llorar mucho, caminar mucho por los pesados caminos que nos absorben, pecar con ansia para gustar del arrepentimiento, con ojos de muerte, con boca de sangre empapando las esponjas de los anchos pecados.

Escucha. Y no me oigas: Hay un triste loco a mi espalda que me clava los dientes con *deslocada* pesadumbre para hacerme sentir que debo pisar la muerte con el pie derecho, yo, solo, a solas con tu risa lejana.

Dentro de tus gritos desmedidos yo tengo mi luz de silencio y me acuesto rodeado de tus dientes con la dulce pesadilla de no quedarme dormido.

En el más hundido destierro de amor estoy siempre a punto de encontrarme, pero sé que volcarás sobre mi encuentro tu río de muchedumbre, tu casa de piel caliente que no descansa de suicidar mi sueño asustado de mi resurrección diaria.

Y, a pesar de ello, qué hermoso me hiciste el tacto con tu aliento, llevándome la mano a donde tú querías, a donde, tú, te hacías más de mí, a donde yo más me marchaba desaparecido del hombre y una sombra que escupían las estrellas me sonreía, como tú, entre las piernas.

Hoy, desde mi otra parte, con dedos largos que no sienten, te acaricio muriéndome.

Como no pude despedirme, desde aquí te envío mi vida, que, como tú siempre, hoy empieza a vestirse de blanco contra el dolor que vuelve de pecarte.

(Mi alma es como tú, de nueva y alta).

XXVI

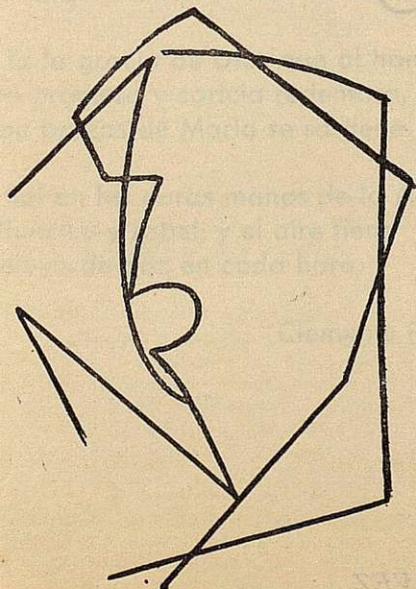
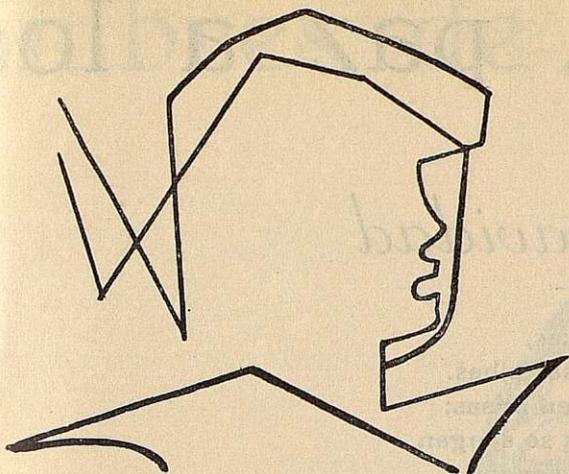
Estoy borracho. Borracho de unos vasos de vino. Democráticamente borracho. Si todos estuviérais borrachos, como yo, entonces podríais comprenderme. Los árboles sudan sobre mí un mosto de sol retinto y sueño una tinaja encarnada adonde podría embriagarse el silencio oscuro de la noche que me despeina, que me mancha los ojos con asfalto, que me riega los labios con lágrimas azules y me deja sentado a un palmo de la muerte.

Os digo que estoy borracho y me golpeo las piernas con una pobre rosa blanca que aún está queriéndome.

(Si vengo a mí, mañana, será para ser otro y volver a llevarme la rosa hasta los labios en un llanto sereno parecido al amor).

(Dos poemas del libro inédito «Río Amor»).

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS



...y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad

Poema de Navidad

Trémolo anuncio por majadas dulces,
por silenciosos valles, por veleidosas albas.
El Niño Dios camina hacia Belén en brisas;
como faisanes verdes las palmeras se alargan.
Echadizas estrellas hasta la tierra vienen.
Para hacerse pañales pasito a paso bajan;
dejando la pizarra de la noche sin luna
los ángeles aprenden a escribir con sus alas
(como no saben, juegan a envolverse entre nubes).
Cecean los trigales soledad de palabras
y el centeno, de envidia, por el trigo se vuelve
herbaje desolado henchido su nostalgia.
Nuevas de flores llegan hasta el sueño posible;
por rociar los aires se quieren degolladas.
¡Belén!, ¡Belén! envuelto en luz del Cielo siente
ventrílocuos paisajes. Sus mirtos engalanan
besamanos de nubes. Saludadores ríos...
rueda la tierra, rueda, como una inmensa llama.
¡Qué gran túnica el día para un Niño desnudo!
Los corderitos corren: Son tíovivos de lana.
De Nazaret a Belén la luz se vuelve ojos;
para admirar el fruto el árbol se hace rama.
Las guedejas de risas que se dejó la aurora,
por el pezón abierto de la madre se escapan
como soles de vaho o lirios despuntados
al campo amanecido con notas de dulzainas.

Trémolo anuncio el Niño Jesús que ya ha nacido:
Almidonadas nubes ¡Hosanna! ¡Hosanna!

EDUARDA MORO

TOLEDO, NAVIDAD 1958

VILLANCICO

*¡Que no se duerma el Niño!..
que no se duerma;
que su luz salve al mundo
de las tinieblas.*

*Respirad a su lado
esta Nochebuena,
que está solo, y el frío
su cara hiela.*

*Está obscuro el establo;
hay luna nueva,
pero hay luz en sus ojos...
¡que no se duerma!*

JOSÉ M.^o GÁLVEZ



Sobre el blanco paisaje de tu cuna,
son tus ojos estrellas y luceros;
tus manos celestiales mensajeros
que dan al corazón gozo y fortuna.

Es la noche más clara que ninguna,
porque alumbra tu luz en los oteros,
y con ramas de mirtos y romeros
un nardo para Tí se hizo la Luna.

Es la gracia de Dios que al hombre viene
con promesa y caricia redentora,
y en brazos de María se sostiene.

Sol en las puras manos de la Aurora;
villancico y rabel; y el aire tiene
aleluya de paz en cada hora.

Clemente PALENCIA

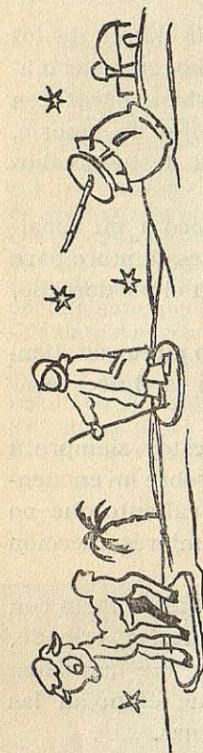
Noche de Dios, cercada por el día,
con vigilia de gozo estremecido;
por las sendas del monte florecido
ha llegado un mensaje de alegría.

En los brazos gozosos de María,
se nos muestra Jesús recién nacido.
Cada rayo de aurora es un latido
que del Cielo el Señor hoy nos envía.

Noche de Dios, la palma y el romero
ponen verde rumor por los caminos
y rosas en la nieve de tu albura.

Y en la cumbre radiante de un lucero
cantan amanecer coros divinos,
pregonando la paz desde la altura.

Clemente PALENCIA



LA EXPOSICION DE SANTA CRUZ

(COMENTARIOS DE UN VISITANTE)

El año 1958 que termina puede pasar a ser llamado en Toledo el año de la Exposición. Ojalá nuestros hijos olviden la numérica y vulgar cronología y pasen a recordar nuestro tiempo, de este año, como «el año de la Exposición».

Que esa gratitud a un hoy de esfuerzos consumados en realizaciones, nos sea reconocida mañana, como nosotros hoy reconocemos a aquel «año del Congreso Eucarístico».

Sólo que ahora nos mueve una ambición que no sé si será castellana, la ambición de que el esfuerzo y los logros sean continuados y no esporádicos.

Digo que no sea castellana esta ambición, porque la continuidad en un logro sólo la hemos visto potente y patente en un pueblo que marca precisamente su hito de vida nueva, de vida contemporánea, con el sobrenombre igualmente de «año de la Exposición». Me refiero a Barcelona y no por la Exposición de 1929, sino debido a la anterior, la de 1888, ya que todo se mira en una Barcelona de hoy a través de la medida que marcó Rius y Taulet merced a su genial sentido de la organización. Organización y también fe. Como fe y también dignidad humilde, que nos haga exclamar un día como al gran arzobispo: ¡Señor, tener piedad de tanta grandeza!

* * *

¿Qué elegiríamos para hablar de la Exposición «Carlos V y su ambiente»? ¿Por dónde empezariamos? He aquí el primer problema a resolver.

No cabe titubear, perder tiempo. Todo es bueno. Iremos, por tanto, a lo que primero llena nuestra vista.

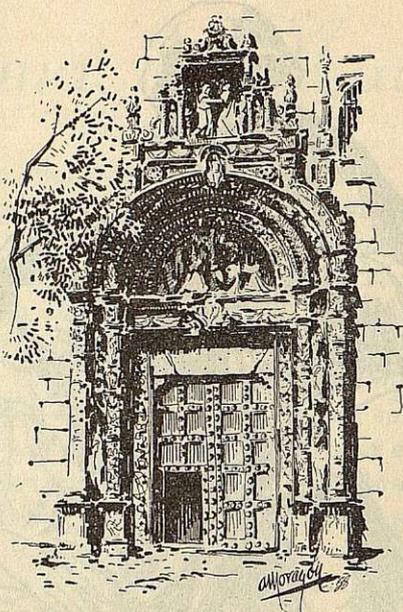
Según entramos, la atención se fija en el frontal del crucero bajo. Allí, la joya de las joyas. De la Custodia de Arfe no vamos a hablar. Está «vista y sabida». Sólo un comentario en torno a ella. El mismo que hizo inteligentemente una de las más altas personalidades españolas: ¡Está en su sitio!

Efectivamente no la volveremos a imaginar que no sea allí, porque es allí donde adquiere la mayor y más perfecta de las grandezas. Sólo la vemos allí en «su ambiente». Un ambiente imperial.

Luz, perspectiva, música y silencios. Todo es exacto y todo es lo contrario a como hasta ahora la vimos instalada.

Existe una cuestión técnica resuelta perfectamente. El final de la nave central, baja, queda en la cruz y en la cabecera al descubierto, en vacío, con relación al piso alto. Pues bien, el primer «hueco» se ha llenado en el mismo centro del edificio con una estatua de Carlos V.

Al Emperador, cuando estamos en la planta baja, si le intentamos ver, tenemos que levantar la cabeza, ya que él en su pedestal como un trono está sobre



nosotros gravitando, y aun así no le vemos bien.

Una vez en el piso superior, una curiosidad instintiva hace que nos asomemos, y sólo entonces sí que vemos al Emperador desde una perspectiva inédita y respetuosa. Bajamos la cabeza.

Recordamos que el panteón a Napoleón tiene en París las mismas características. Las grandes figuras, en suma, nos hacen inclinar antes o después las testas. Hay que reconocerlo.

Pero volvamos al sitio de Arfe y la solución ideal técnico-pictórica realizada por Teodoro Miciano. Teodoro Miciano, ¿es un escapado del propio Concilio tridentino? El solo nombre le delata. Por fuerza tenía que «sentir» el lugar y realizar su obra con tan magnífico éxito.

¿Cualquier magnificencia real y terrena necesita de una vitrina para asentar un trono? ¿O, por mejor, un trono necesita de un escenario solemne, grandioso, estremecedor y magnífico? Con esta última fórmula está resuelta la papeleta.

Para Arfe y su joya se ha montado un escenario con toda la técnica que el caso requería. Drapeados, doseles, columnatas y cordonajes *in tempo* de bambalinas, tienen a la luz y a la realización, volúmenes, formas, fondos y perspectivas reales. Es una *puesta en escena* cuidada en el último detalle hasta en la comparsaría.

Sin menoscabo para nadie, sino como elogio a ambos, sólo Tamayo en el Teatro Español de Madrid, en su dirección de «La Alondra», de Anouilh (último acto), ha estado más cerca de una realidad histórica. De una reconstrucción histórica. Tamayo entonces y ahora Miciano, lo han conseguido.

Por cierto que un cuadro aquí expuesto nos hace recordar otro fondo escenográfico. Se trata de «La abdicación del Emperador Carlos V», de

Francken II, procedente del Rijksmuseum de Amsterdam (1).

Cuadro inédito, en el original, para nuestros ojos. Cuadro excepcional de calidades, cuadro bellissimo y perfecto.

Nos asombra, en la medida justa en que ya nos asombramos, comprobar el grado de IGUALDAD a que Salvador Dalí ha llegado con relación a estos maestros de la escuela imperial flamenca.

¿Polémica? No.

Sé que ese carro de Neptuno tirado por cuatro caballos me recuerda el telón de fondo con destino al ballet «Tristán Loco».

Sé que estos mismos caballos de Francken II son unas bestias alucinadas, desequilibradas. Sé también que conchas, caracolas y estrellas de mar que aquí aparecen, aparecen iguales sobre las arenas mediterráneas de Cadaques en el Cristo hipercúbico o sobre las de Port-Lligat en la Madona; sé que más exactos aún que estos caballos, con los de Dalí, son los de cierto cartón-boceto que ahora no viene al caso, porque nuestro caso es el de una pintura acabada. Pintura de maestros.

¿Va todo esto en detrimento del pintor catalán? Dalí saldría en el peor de los casos con las siguientes atenuantes:

Unico conecedor, a fondo, de la pintura europea. De la única y verdadera pintura. Unico dibujante hoy por hoy capaz de realizar lo que los maestros hicieron ayer. Unico pintor capaz de resolver problemas de envergadura clásica, de pintura perfecta.

Sigue, es lógico, a los maestros, pero *está* con ellos. Es capaz de lograr lo que ellos lograron, y si ellos fueron «magister», Salvador Dalí es igualmente un maestro. Y lo siento por aquéllos que, sorprendidos en una santa inocencia, vuelven la oración por pasiva y se *creen que descubren otra cosa* o pretenden demostrar que *hacer arte puro* y original es manchar un lienzo con un chorro de pintura azul, restregarlo y después ponerle un título.

Ante lo del chorro restregado por el lienzo, cabe exclamar: ¡Eso lo hago yo! Lo que no intentamos siquiera decir en susurro ante la más sencilla, perfecta y detallada concha de las arenas mediterráneas, es: ¡Eso lo *copio* yo!

(1) FRANCKEN — Franck —, II el Mozo, Frans (1581-1642).

«Alegoría de la abdicación del Emperador Carlos V en Bruselas, el 25 de Octubre de 1555». Tamaño: 1,34 x 1,72.

Procedente de la colección George y adquirido por el Museo Nacional de La Haya en 1806. Actualmente en el Rijksmuseum de Amsterdam.

Carlos V aparece coronado Emperador con Toisón y manto rojo. Con el brazo señala a su hermano don Fernando y a su hijo Felipe II. A los lados, grupos y figuras alegóricas: Europa, Africa, América. A la izquierda irrumpe Neptuno en carro tirado por caballos y rodeado por nereidas y tritones. Porta la esfera terrestre. A los pies del trono imperial están el cetro, la espada y el globo terráqueo. En un fondo, la marcha del Emperador en un carruaje tirado por mulas.

Para terminar. Incluimos también en esta tendencia de las grandes creaciones de fantasía surrealista «El Infierno» de Huys, expuesto igualmente en Toledo (2).

¿En qué hemos parado nuestra atención y comentario? En cinco o seis cosas. En catálogo figuran 1.063.

* * *

Al mes de inaugurarse en Toledo la magna muestra del Imperio carolino (el «alarde» le llama Neville con rara exactitud), muestra e idea aproximada de lo que fué e hizo un Occidente unido bajo una misma espada, se ha inaugurado en Viena otro muestrario de análogos características.

Esto indica que la riqueza artística y cultural es inmensa y común, de

raíces idénticas, iguales principios y exactos destinos. Creemos, por tanto, que sólo por medio de estas proyecciones históricas sobre un pasado europeo común y glorioso, alentadas por una generosa colaboración de naciones nobles, sea posible que nos conozcamos y conociéndonos nos comprendamos y amemos, y que estos frutos de hoy, logrados en Viena y en Toledo, anteceditos por aquella Exposición «Reinado de Carlos V» celebrada en la ciudad de Gante en el verano de 1955, sea el principio de una Europa que redimida por ella misma pueda presentarse siempre y en cualquier momento bajo el lema:

—«Señor, tened piedad de tanta grandeza». F. Zarco.

En la Ciudad Imperial,
Diciembre, Año de la Exposición.

(2) HUYS —Hus—, Peeter (segunda mitad del siglo XV.

«EL INFIERNO». Tamaño: 0,86 × 0,82. Fdo. 1570, peeter huys fc. Procedente de El Escorial (Museo del Prado, Madrid).

Paisaje fantástico con incendio al fondo. La mayoría de las escenas son de combate de unos pocos ángeles con multitud de monstruos, para arrebatarles los cuerpos desnudos de las almas. En primer término, de izquierda y derecha, en torno de una mesa, una serie de engendros embriagan a una hembra, desnuda, obesa, y amenazan a un hombre; justa de un hombre con una joven montados, respectivamente, en un pato y una gallina; de una cueva surgen seres humanos y otros con cabezas de ave precedidos por uno que cabalga en una tortuga, símbolo de la pereza, y toca trompeta larga y curva.

Semejante, y firmado también, existe un cuadro, según Friedlander, en el Museo Mayer. CTLO.



A una muchacha que la sorprendió la muerte cuando empezaba a sentirse mujer

*Ya se hizo tierra de lirios toda ella
Ya van muertos por la ilusión y el viento
el Príncipe Azul de su pensamiento
y el Hada que cabalgaba una estrella.*

*Calavera insensible ya es la bella,
ha dejado de ser en un momento
lo que sólo era vivir en intento
por la esquina de una playa sin huella.*

*La luna, en brinco blanco desde el cielo,
cava ya por sus ojos una fosa,
donde la noche, amiga de su vuelo,
esconde el sueño eterno de la hermosa.*

.....

*... Ya nació de sus brazos pronta rosa
y ya un ciprés se enredó entre su pelo.*

ALFONSO VILLAGÓMEZ

EL OSCURO LATIDO

Jinete sobre el espacio
En la llanura solitaria.
¿Qué movimientos naturales
De ardor? ¿Qué luces altas?
¿Qué objetos exteriores,
Latido lento en la mañana,
El infinito horizonte en sí destellan
Con caballos de fuego en las entrañas?
Pero el origen las socava:
Su juventud de medianoche
Un sol de sangre la azulaba.
Oh de la muerte grises ruínas.
Oh de la tierra sombra esclava.
En diálogo con la naturaleza
El hueso y carne así se acaban:
Sin voluntad de profecías.
Sin resurgir íntimas gracias.
¿Su desnudez región del alma?
Aquella sombra compungida
Piadosa máscara ocultaba.
De cada campo trabajado
Dios secará las vivas ramas
Y el corazón deshabitado
Cesa en su agónica morada.
Cuando mi cuerpo aquí descanse.
Cuando la noche envuelva al alba.
Tales presagios son el hombre,
La oscura y triste vida humana.

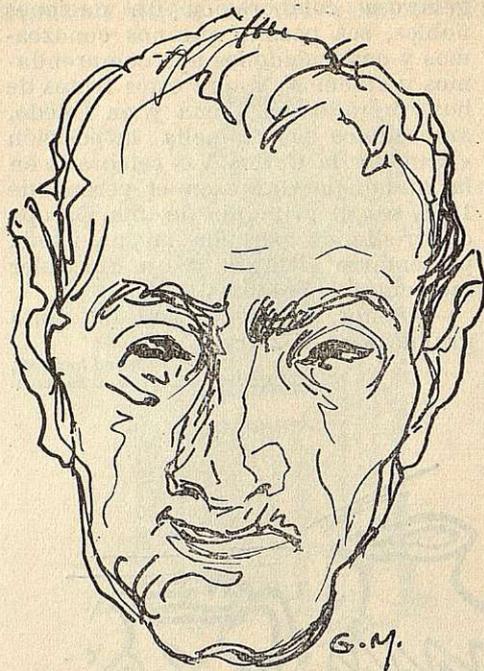
MARIO ANGEL MARRODAN

EL JURAMENTO DEL PASTOR

En Majatuerta todos eran cazadores, también. Pero más finos que los de Los Peleches. Los de Los Peleches no sabían más que hacer puestos a la perdiz en Febrero y al perdigón en Mayo; y, si acaso, matar conejos a la chilla en Junio, cuando soplabá convenientemente el solano. Y en cuanto a «reseros», ¡bah!.. Si mataban algún venado era en las «reculas» de las grandes monterías. Se sentían sobrecogidos por lo fragoso y solitario de los montes, de manera que no gustaban emboscarse, sino en compañía, e intimidados por las distancias. Cuando les sorprendía la noche en un cortijo, preferían pernoctar en él, en la incómoda compañía de las mulas, que aventurarse a oscuras por trochas y breñales. Y cuando tenían que desplazarse a quince o veinte kilómetros para hacer de reculeros en alguna montería, alquilaban un coche entre seis o siete, o entre diez o doce — todos los que cabían convenientemente apretujados— y se hacían trasladar como unos maulas, junto con sus armas, sus zurrónes y sus bien provistas fiambreras. Porque los de Los Peleches tampoco concebían que se pudiera ir de caza sin llevarse una fiambarrera repleta de bonito adobado o de jamón del limpio.

Los de Majatuerta, por el contrario, gustaban de cazar en solitario. Cuando alguno se enteraba de que un venado bajaba a comerse de noche la cebada de «Los Claros», se guardaba muy bien de comunicárselo a sus convecinos. Se echaba un par de balas y una cebolla en el zurrón, salía furtivamente de su casa, ya oscureciendo, y, tras, tras, se iba en un par de horas, a golpe de calcetín, hasta el posible cazadero. Luego se emboscaba convenientemente; esperaba otras tres, cuatro o cinco horas, y, si tenía suerte, al cabo de ellas tumbaba de un balazo al animal. Si no la tenía, volvía a la noche siguiente, y a la subsiguiente, y a la otra. En la época de la berra, o de la brama, tres o cuatro monteros finos — el Felipe, el «Tocho», el «Jaramago» y Periquín —, cazaban los venados con reclamo. Amplificando convenientemente, a través de una bocina improvisada con un borceguí, la imitación del bramido del macho en celo, conseguían atraer algún ejemplar dispuesto a medir sus fuerzas con el que suponía que le desafiaba. El belicoso, claro, no solía tropezar sino con alguna bala o tal cual puñado de postas, que, por lo general, le quitaban para siempre la libido y las ganas de pelea.

Cierta tarde del mes de Agosto, Periquín recibió una de aquellas apreciadas confidencias. El «Tierno», el cabrero, le comunicó que en el risco de Calamocha campaba por sus respetos, sultaneando un hato de



cincos o seis ciervas, un macho de catorce puntas. El «Tierno» venía de muda, con ganas de beberse una caña, y Periquín le pagó de buena gana cuatro a cambio de la noticia. Luego le dejó en la taberna de la «Tuerta», una vez que le hubo hecho jurar que no haría a nadie más partícipe de su descubrimiento; cogió sus borceguíes, su zurrón y su escopeta, y, a todo lo que le daban de sí las piernas, se plantó en el risco de Calamocha en hora y media. Se ocultó en una mata, cargó el arma y, cuando la luna hubo empezado a platear el matorral, comenzó a ejecutar la «Sinfonía del Ciervo en Celo», para buenos pulmones y borceguí, en «mú» sostenido. De allí

a poco le contestaron las notas, broncas y profundas, del «Desafío del Macho que acepta la Pelea», en bramido mayor. Se oían muy cerca: en el interior del «Matón del Muérdago», en el que el propio Periquín había estado a punto de emboscarse. No lo había hecho, a última hora, calculando que quizá lo espeso de la maleza le podría impedir encañonar convenientemente, y a la sazón se alegraba cada vez más de no haberlo hecho. Porque, de haberlo intentado, hubiera espantado al ciervo. ¡Allí estaba; allí estaba! Mugía y mugía, pero no se decidía a salir. Y una vedija de nube, desplazándose, amenazaba con eclipsar de un momento a otro a la luna. El venado, claro, podía muy bien salir del matorral precisamente durante el eclipse, con lo que Periquín podía perder su espera. Decidió, en consecuencia, obligarle a salir enseguida. Amartilló la escopeta, cogió una piedra, y disparó esta última en la dirección en que sonaban los mugidos. Y se preparó a oír la tropelada del ciervo al salir de estampía.

Pero lo que oyó fué una voz que, con trémolos de susto, gritaba:

—¡Quieto; quieto..! ¡Que soy el «Tocho»; el «Tocho»..! ¿Eres tú, Periquín? ¡Será marrano, el «Tierno», que me ha jurado que no se lo había dicho ni se lo pensaba decir a nadie!..

José PEDRAZA

NOTA

El próximo día 7 de Enero de 1959, a las diez y media de la noche, por las antenas de la Sociedad Española de Radiodifusión (Radio Madrid), se radiará un reportaje, realizado en Toledo, sobre la Exposición «Carlos V y su ambiente», por el locutor José Luis Pecker y el Cronista Oficial de Toledo, Director de AYER Y HOY, señor don Clemente Palencia.

«CONJUGACION POETICA DEL GRECO»

Comentar un libro de versos es empeño difícil; y si el libro es de versos dedicados a glosar la esquinada significación de la obra del Greco, más. Entre otras cosas, porque al comentarista le acecha la tentación de echar su cuarto a espadas en la interpretación de la pintura del cretense, sobre la que también, como el que más y el que menos, tiene, aunque informada, su propia teoría.

El propósito de Juan Antonio Villacañas, ambicioso, podrá o no haber cuajado en una interpretación antologizable, pero dice mucho en favor del aliento vocacional del que le ha acometido. Juan Antonio Villacañas gusta de producir aludiendo —aludiendo tan sólo— a la realidad; aboceteando unas prefiguraciones astrales, poéticos fantasmas de las cosas. Es natural, por ende, que haya intentado cuajar una producción representativa frente a los pintados fantasmas que constituyen el Apostolado del Greco. Y la ha llevado a cabo mediante un portentoso derroche de metáforas, sin que le haya arredrado, al parecer, la desfavorable circunstancia de que, a lo largo y a lo ancho de las letras actuales, se encuentren por doquier, mostrencas a fuer de transitadas, incontables técnicas de aproximación al hecho por el camino de la transposición, de la parábola, del tropo violentado hasta el absurdo. Sin eludir ninguna de las dificultades formales de la moderna poesía, Villacañas ha logrado un volumen breve y difícil, en cuyas páginas se nos insinúan retazos de mar, de muerte, de luz de esterllas y de penumbras que no tienen hora exacta en ningún reloj industrial. Así es el arte de Villacañas, y así se puede interpretar, entre de otras muchas maneras, el arte del Greco. Porque sería insensato pretender que cualquier interpretación, breve

además, del arte del Greco, pueda resultar exhaustiva.

Ha eludido Villacañas en este su intento de aproximación poética a la pintura del cretense, incurrir en el descriptivismo con que Machado, por ejemplo, se aproximó al retrato de Felipe III. El arte de Villacañas es muy otro que el de Machado. De la misma manera que el surrealismo de Theotocopoulos no tiene nada que ver con la franqueza de don Diego, un andaluz que pintaba en holandés. Si el color para el Greco es un recurso de expresión antes que un accidente formal de las cosas, el lenguaje, para Villacañas, es, antes que un instrumento de comunicación inteligible, un acervo de imágenes, válidas por sí mismas, cuya utilización ha de llevar a cabo el poeta, si que con pulso firme, con aparente negligencia cuando la ocasión lo requiere. Porque en ocasiones la imprecisión y el desdibujo expresan mejor que la definición y el trazo firme.

Avaloran el volumen —una edición pulcra y de moderno corte de «Helitipia Española»—, además de una expresiva portada de Moragón y de unas preciosas reproducciones de cuadros del Greco, que por sí solas valdrían quizá el esfuerzo editorial, prólogos y glosas de Carlos Sander, chileno y autor; del Profesor don Guillermo Téllez, Académico numerario de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, y fino crítico de Arte; y de don Clemente Palencia, en fin, Cronista Oficial de Toledo, delicado erudito y buen poeta también, pulsador amoroso de la vieja arpa lírica. Los tres, con fina percepción, abundan en el justo elogio que sin duda merece la obra poética de Villacañas en conjunto, y, concretamente, la colección de versos, cuya edición se comenta.

JOSÉ PEDRAZA

«LOS DE ABAJO», *Poemas de Alfonso Villagómez*

(EDITADO EN ORENSE, 1958)

Sin prólogos, sin solapas publicitarias, biográficas o autobiográficas, Alfonso Villagómez desde lejos, no en la distancia, se decide a publicar un libro de versos.

Grande valentía la suya, gran ilusión puesta en el primer libro, que nos parece una quimera hecha realidad y una realidad estupenda.

A Alfonso Villagómez le conocemos desde sus estudios de Bachillerato en los HH. Maristas de Toledo. Villagómez es un universitario en el pleno ejercicio de su profesión.

En estas condiciones, a A. Villagómez no podemos engañarle, no debemos engañarle. Sin embargo, no tema, su libro sólo nos mueve a emoción, aliento y felicitaciones.

Poner un libro en la calle cuesta mucho en todos los órdenes, para con una inconsciencia suma vayamos ahora a romper el encanto.

Villagómez en nuestro silencio, comprenderá. Es inteligente y de voluntad vocacional. Cuando se decide a hacer una cosa la termina redonda y completa.

El solo título «Destierro en la Esperanza», que recoge por su temática once poetas, nos da idea clara de la melancólica nostalgia que invade al poeta, desplazado de su ciudad y que sin embargo la canta en «Toledo», «Zocodover», «Cuesta de la Ciudad», títulos todos ellos que inician sus versos.

Vino el día, y el coso ya colmena,
corrillo, foro, crónica del hecho,

urbe y campo (sin surco), lonja y lecho
de la voz que el mercader torna amena.

En esta sencillez está plena e íntimamente reflejado Villagómez, y su obra por lo mismo es auténtica y noble.

Sencillez y autenticidad que debían emplear todos los versificadores y no andarse con el Casares rebuscando sinónimos y palabras raras que hacen, por su dificultad y retorcimiento, que la poesía actual, al igual que la pintura abstracta, tenga pocos amigos, y si dé lugar a chirigotas y regocijos en el momento que se lee que «el alma se ha quedado doblada en una esquina».

Villagómez, sencillez y ternura, acierta cuando observa a un niño:

El niño tiene una pena
y en las noches de verano
sueña que la luna llena
viene a beber en sus manos.

Cuando regresa a la simplicidad de un romancillo, cuando recuerda los primeros años, cuando canta a la madre...

Pulcra y correctamente editado, el libro lleva cuatro ilustraciones de Julián Cebrán, hábiles y acertadas.

F. Z.

«QUINTA PALABRA», de Julio Mariscal Montes

“Alcarabán”, Arcos de la Frontera

Al abrir este interesante libro que escribe Julio Mariscal Montes, nos sorprenden las primeras palabras del prólogo de José María Pemán, que recibimos como una especie de proclama o toque de atención y nos produce —¿por qué no decirlo?— un hondo «escalofrío poético».

Dicen así: *La Poesía cruza por una hora difícil. Una hora de remanso, de recuento, de erudición. Se sabe demasiado y es peligrosísimo «pasarse de listo» haciendo versos.*

Afortunadamente estas palabras no sirven más que como punto de apoyo del famoso escritor para elogiar la obra de Julio Mariscal Montes. De todos modos, necesitamos tranquilizarnos un poco antes de empezar la lectura de «Quinta Palabra», cuyo autor

ha sacado la cabeza entre tanta sabiduría como un naufrago entre las olas para, después de su salvación heroica, flotar magestuoso sobre el mar sereno de sus sonetos, en cuya composición se afirma como hábil maestro.

Consta este libro de veinte sonetos, cuidados con alma limpia y corazón reposado, admirativo, logrados todos con exacta precisión en un juego de versos difícilmente sencillos —admitásenos la expresión— dados el tacto y la delicadeza que exige un tema como el de la Pasión, no ya cualquier tema religioso. La Poesía se hace amorosamente breve en cada una de las composiciones de «Quinta Palabra» y ampliamente amorosa en las dedicatorias del poeta, que son como obsequios infinitos de su propiedad espiritual.

Así es la poesía y la forma de hacer de Julio, tal le nombra cariñosamente en su prólogo el ilustre académico.

La obra de Julio Mariscal Montes ofrece una unidad y un equilibrio nada comunes, por lo que no resulta del todo fácil hacer destacar ninguno de sus versos con la intención justa que quisiéramos hacerlo. Sin embargo, es muy de nuestro agrado cerrar esta sucinta reseña con dos tercetos de lo que más nos ha emocionado:

«Cristo está aquí clavado, remachado a salivazo limpio por la oscura cerrazón de la noche en agonía.

Cristo con una rosa en el costado y la Última Palabra, seca y dura, colgándole del labio todavía».

J. A. V.

«ANCLA ENAMORADA», por Julio Alfredo Egea

(GRANADA, 1956)

Es audaz interpretar la calidad de un sentimiento. Los poetas, no es necesario entendamos de poesía. Yo, sinceramente, no entiendo de poesía; la comprendo solamente. Entender de arte, no es comprenderle. Un crítico puede saber si una obra es buena, por oficio, pero no puede llegar a comprenderla. La comprensión es el cerebro del sentimiento, por eso, cuando Egea nos dice en el poema inicial

«Traeros el corazón, es necesario»

Nosotros comprendemos que esta imagen es extraordinaria, la sentimos así y lo decimos. El sentimiento es lo hartó elocuente como para prescindir de la sintaxis. La palabra es la forma del sentido.

Agrupados en una trinidad de secciones: LA CITA, LA SANGRE ENAMORADA Y LA LLAGADA —esta última un conjunto de sonetos perfectos en su construcción, diáfanos en su ameno contenido—, Julio Alfredo Egea, acierta en «Estanque», «Recuerdo», «Tierra», «Caída», «Juan», «Poema del niño mudo que murió en Otoño», «El Tonto» y «Nosotros los poetas». Estos dos últimos son maravillosamente humanos y profundos. El primero dice así:

«Apareces huidizo en las esquinas acosado por perros y chiquillos. A veces dices cosas jubilosas y a veces cosas serias y profundas que hacen pensar...»

Le disculpa diciéndolo: «Acaso seas poeta fracasado»...

Y le consuela. Tal vez sea: «profesional en las rosas celestiales».

«Nosotros, los poetas» es una composición de arte menor, donde el lirismo del autor alcanza una prodigiosa autenticidad; hay momentos de plena emoción, de exquisita resignación como:

«Debemos sonreír como cuando nos muerde una mujer o un niño».

Aparecen imágenes donde su sentir revela una rara veracidad:

«... y otras veces soñamos con la amada difícil de un ganster neoyorquino».

O de una sosegada melancolía:

«Otras veces doblamos nuestra alma de papel para echarla al buzón de algún pueblo olvidado, sin dirección ninguna».

Julio A. Egea, es poeta de vocación

«Porque todo lo nuestro nos llegará doliendo...».

Porque sin vivir del verso vive para el verso, versifica el gozo y el dolor serenos, y una continua preocupación social le ocupa el tiempo sin horas de su pensar. Egea piensa sin aparente dificultad; se dedica a cumplir una elevada función sin ostentosos conceptos ni metafóricas ornamentaciones.

No conozco de modo personal o visual a Julio A. Egea; no obstante, me aventuro a citar su firme personalidad verificada en su obra. Adaptada su alma superior a un proceso disciplinado y apacible, sin excentricidades accesorias que pudieran perturbar el orden justo de su vida sensitiva, es consciente de sus sueños pacíficos y honrados. La realidad es para él como una piedra oculta por lienzos transparentes o ajustados a sus cantos o declives, para evitar cóncavas superficies que mientan lechos mullidos donde el ser se arroje confiado.

De su pura poemática se desprende una sencillez honda; sustraído el caudal de las fuentes más limpias, sus aguas

andariegas y sútiles van amasando paisajes y situaciones no exentas de una bucólica y oscura belleza, como aquella del amigo desviado en la encrucijada «del farol 12», tentando las vertientes escarpadas de su derrota moral, el poeta se asume la responsabilidad que la amistad le autoriza, repreniéndole la debilidad: «No estoy conforme, no».

El estilo recio y apretado del autor, deriva a raíz de esta estrofa sintética y característica sobre el hombre fenecido:

«Quizás había soñado en ser simiente sin pensar que los hombres no se siembran para nada cuando su corazón ya no florece».

Le apenan los hombres que miran la naturaleza prácticamente, olvidándose de Dios en su estática y sublime inmensidad:

«Pasa otro hombre y tan solo se acuerda de la sed de sus [trigos]».

Cuando mira el «Estanque», entonces sueña aislarse de un prójimo insensible:

«Difícilmente oculto en una gota de agua con todo el cielo dentro».

Julio A. Egea, más original en «Rosa de los Vientos» que en las demás composiciones que integran ANCLA ENAMORADA, en ningún momento se aparta de nuestro sentir humano, aunque se pierda en ocasiones con retóricas imágenes, para aparecer, de nuevo, en intervalos de fervorosa ansiedad pidiendo por el hijo.

«Señor, que sea poeta».

JULIÁN LANCHAS JIMENEZ

UN LIBRO APARTE.....

«Este sol que me habla».

Autora: Eduarda Moro.

Editorial: Aletto. Madrid, 1958.

Colección: Papeles de Aluluyas.

Referencia biográfica: J. A. Villacañas.

Prólogo: José García Nieto.

Es difícil enjuiciar un libro de poesías cuando se sabe, y yo lo sé porque la opinión de don José María Pemán me ha sido gentilmente comunicada, que «tus poemas te han sido necesarios», señal verdaderamente indiscutible de que es el mayor elogio que se puede hacer de ellos. Versos sinceros, auténticos y valientes.

Voy a decir de todas maneras algo más sobre «Este sol que me habla», con riesgo de muchas cosas.

Quiero sentar previamente la diferencia que existe entre ser escritor y escribir.

Ser escritor es sentir la necesidad de expresar toda elaboración mental por medios y técnicas literarias. Necesidad vital y biológica tan completa y compleja como la de la alimentación o reproducción.

Tus versos, Eduarda, tus escritos, te son necesarios para vivir como te es necesario el aire, el agua y el sol. Tus versos son necesidad y naturalidad.

Escribir, escribe cualquiera; ser escritor, lo son muy pocos.

Siendo el verso natural y vital, auténtico, tenemos que calibrar en primer lugar su valor humano, y se necesita mucha valentía para decir muchas cosas de las que tú, Eduarda, con tanta naturalidad has dicho.

Hay en el libro dos composiciones que, por muchas circunstancias, son de lo más valiente que hoy se puede decir en poesía. Me refiero al soneto «A mi hijo Josito», para mí, composición que sin más avalaría y justificaría todo un libro, y «A José Antonio», también soneto de una verdad, valentía y ternura grande y sincera.

Estaría mintiendo en mi elogio, en mi crítica, si no te fuera a decir que, visto lo anterior, tú no necesitas de retorcimientos, ambigüedades y *originalidades* tan en boga hoy día.

Con retorcimientos y ambigüedades, muy oportunas, porque *no todo puede ser explicado claramente*, sigue siendo la poesía de «Este sol que me habla» clara y pura por dos cosas: porque domina la técnica retórica, «conocimientos que en muchos no existen y que pretenden suplir exclusivamente con ambigüedades», y por la facilidad de expresión, más aún cuando juega ampliamente con el lenguaje figurado.

Eduarda Moro tiene unos conocimientos culturales sólidos, firmes y recios. Por mucho que quiera, para ponerse al día, desconocer, lo que para triunfar clásicamente hablando se necesita y que es amplio estudio de los preceptos y reglas de la Poética, la poesía de Eduarda Moro está sujeta, a Dios gracias, a esas formas, ritmos, rimas y medidas que marcan los cánones horacianos.

Cuando todas las formas están rotas, todos los cauces desbordados y salidos de madre, nuestro más sincero consejo a Eduarda es que no se deje llevar por la corriente, porque la verdad está en lo eterno, en el cauce, no en la riada.

A MI HIJO JOSITO

*Todo tú, y toda a ti. Yo, menos cosa;
pero parte integrante de tu esencia;
yo, armonía en tu beso. Tú, candencia
que se vuelve en mi piel pétalo y rosa.*

*Te has dormido en mi voz como una hermosa
promesa de la tarde en inconsciencia,
cuando juega la luz su nueva ausencia
deslumbrada de sol, ya temblorosa...*

*Todo tú y toda yo por la corriente
de este día que se abre en nuestra frente;
carne y llama en lo íntimo te noto.*

*He trasvasado mi mirada al verte
sintiéndome en tu sangre de tal suerte
que un cielo en brazos de mi amor se ha roto.*

EDUARDA MORO

Y no te importe que lo eterno sea popular. Tiene el libro cinco canciones deliciosas: «Me pensabas...», «Tú en mí...», etc., etc., que no son un hallazgo en ti, sino simplemente tú misma, alegre y bética.

La poesía moderna es oscura. Esta oscuridad no es buena en preceptiva literaria. Nunca el oscurantismo fué bueno en nada.

No digo que esa poesía no sea buena; sólo afirmo que el pueblo no la «ve», y si el pueblo no la comprende (perogrullada), esa poesía no es popular. Sólo viviendo en el pueblo, y pueblo puede ser una «inmensa minoría selecta», se puede perdurar algo. De la mejor obra casi se desconoce el nombre, y hoy, subvertidos los valores y desgracia de nuestro tiempo, la lucha feroz y ruin es por un nombre apoyado en el pretexto de una débil obra que todos desconocen e ignoran.

El sentido poético, trágico, que Eduarda da a la vida, es verdad porque todo, por vivido, es existencial.

Seguiría hablando de poesía, que es hablar de Eduarda Moro, pero pretendo, al menos por hoy, acabar analizando brevemente tres composiciones que creo claves, aparte «A mi hijo Josito», y que son: «A la hora de siempre», «Me naces» y «Canción como de ti».

«A la hora de siempre» es un soneto impecable. Justo, medido y armonioso. Tiene un abandono producido por el cansancio verdaderamente heroico. Mucha pena reprimida y, sin embargo, cantada.

«Me naces», es la continua esperanza. El continuo agradecimiento. La continua miseria humana.

«Canción como de ti», entrega anticipada, presentida, de una calma. La que sea, humana o divina. Un sosiego.

Poesía, como se verá, toda ella rica de sensaciones y de sonidos bellamente compuestos. Poesía necesaria para vivir por ser la vida misma. Poesía auténtica, sincera y valiente. Humanamente muy valiente.—F. Zarco.

LIBROS NUEVOS

Seis obras de la escritora gaditana Concepción Crespo Reguero

Sírvase enviar por giro postal la suma de 50 pts. y recibirá libre de gastos el lote de sus nuevos folletos 1958: 1.—Historia de Santander, 2.—Glosario del Amor, de la Vida y del Dolor, 3.—Vida de Carlos Gardel, 4 y 5.—Ensayos de novelas, Lo que no vuelve y Reportaje sentimental, 6.—Romerías montañesas.

Pedidos y envíos de giros postales:
CONCEPCION CRESPO REGUERO
Apartado de Correos 124.—CADIZ

